



El contraste es norma. Un hombre predica en la playa de Daytona, coincidiendo con una concentración de motoristas que reunió a trescientas mil personas en el pequeño pueblo del estado de Florida

DIOS BENDIGA AMÉRICA

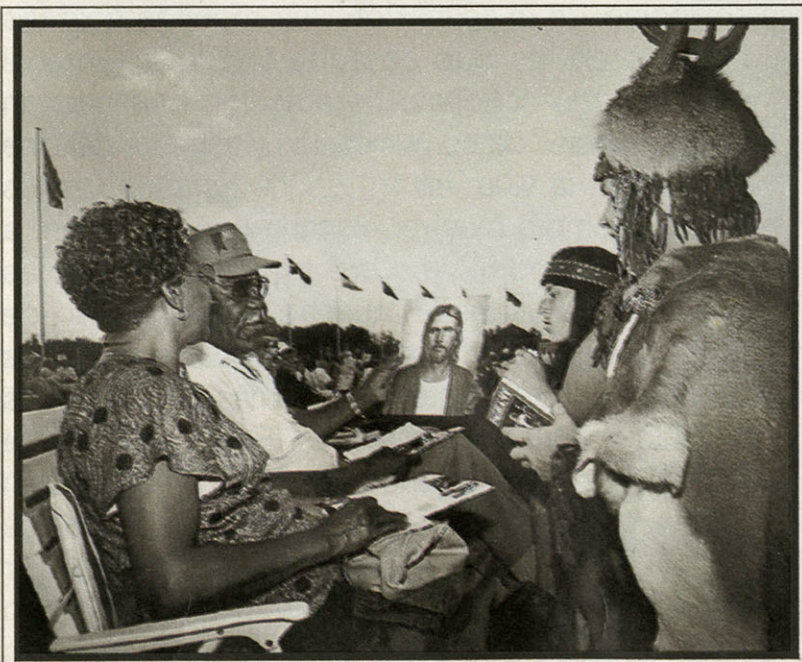
Tres mil setecientos grupos religiosos dejan constancia de que el país más poderoso de la tierra tiene presente cada día la hora del Juicio Final y una peculiar manera de acercarse al más allá

Las palabras de los predicadores desde el púlpito electrónico de la televisión, las manifestaciones callejeras en las que se agita la Biblia junto al frenético ritmo cotidiano, la atención que prestan políticos, medios de comunicación y estrellas del cine y del «rock», la vida, en fin, en los Estados Unidos está casi siempre muy relacionada con la religión, a veces de un modo austero y profundo y otras envuelta en la grotesca muestra de vulgaridad de algunos de los tres mil setecientos grupos religiosos que intentan captar la atención de más de doscientos cincuenta millones de personas. El fotógrafo belga Carl de Keyzer, de la agencia Magnum, peregrinó con su cámara durante un año por los Estados Unidos intentado, más allá de la estética manierista, retratar el alma de unos hombres que viven con la convicción de ser amados por Dios. Éste es su testimonio

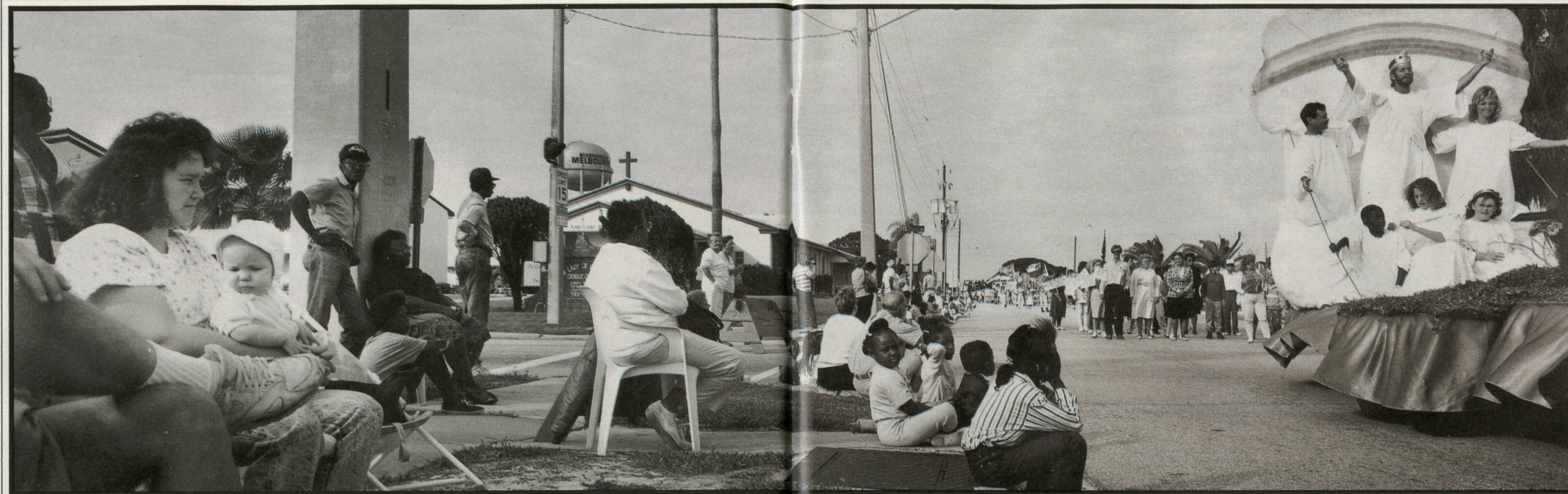


Cerca del cielo

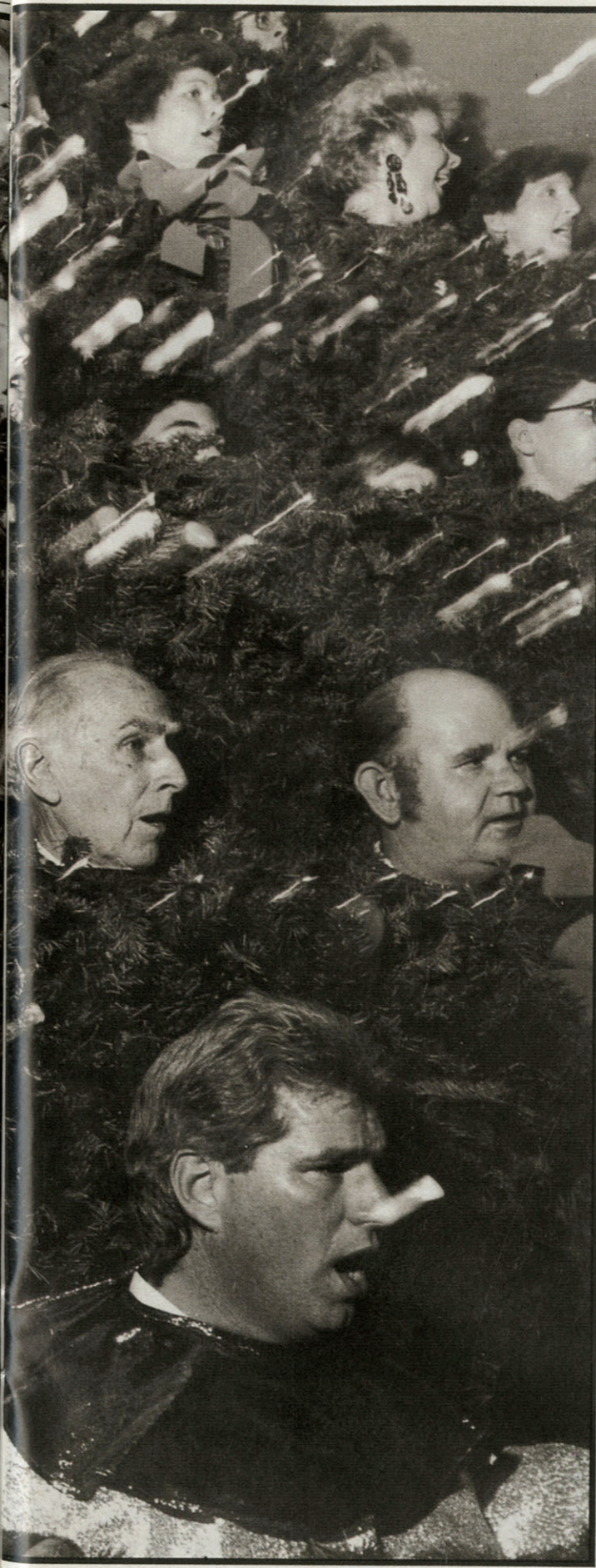
En el estado de Nueva York, a la derecha, un actor interpreta la ascensión de Cristo durante un acto organizado por la Iglesia Mormona de los Santos de los Últimos Días en el que se representan escenas de la Biblia, del Libro de los Mormones y de la vida del profeta Joseph Smith. Abajo, en el mismo acto, dos hombres ataviados con trajes inspirados en el Libro de los Mormones hablan con una pareja que muestra un cartel de Jesucristo. Los seguidores mormones reparten muchos carteles como éste por las calles de Nueva York y hacen grandes esfuerzos por atraer nuevos miembros, convertir a la gente o simplemente conseguir despertar el interés por su iglesia. En los servicios de Pentecostés (arriba) de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo los fieles entran en trance mientras los pastores se dirigen a Dios



Desfile de gloria



« Creer o no creer », así se llama el museo de cera de Ripley, en Dallas, donde se expone una escena de la agonía de Cristo crucificado. Arriba, un desfile organizado por treinta iglesias de Melbourne, en el estado de Florida, como respuesta a las cabalgatas comerciales que salen a las calles en los días navideños. Este tipo de desfiles, en los que se representan escenas bíblicas y se canta «Qué gran amigo tenemos en Jesús», se celebra también en otras ciudades de los Estados Unidos, un país en el que cinco docenas de lugares se llaman Edén. Incluso en el lejano estado de Oregón, el menos temeroso de Dios de la Unión, el 83 por 100 de la población sostiene alguna clase de afiliación religiosa



Música celestial

Probablemente, lo que primero choque a un europeo al enfrentarse a las experiencias religiosas de los Estados Unidos, sea la peculiar estética de algunos grupos. A la izquierda, el coro de la Iglesia Bautista del Calvario, en Georgia, interpreta el villancico «El árbol viviente de la Navidad». Arriba, un momento de la consagración del río Mississippi a cargo de un obispo católico. Se entona el himno nacional norteamericano: «Dios bendiga América». Sobre estas líneas, el reverendo evangelista E. L. Terry, de la Iglesia de Dios, bendice a sus seguidores en la catedral de Coastal, en Savannah, Georgia



Predicando en el asfalto

Algunos predicadores se preocupan de la conversión individual, pero el objetivo de otros son las masas. Arriba, un grupo de mujeres predica por las calles de Nueva Orleans. Abajo, un hombre sostiene una cruz electrónica en la que se lee «Dios te ama» en una manifestación religiosa celebrada como respuesta a las cabalgatas del carnaval de Mardi Gras, en Nueva Orleans, y que reunió a mil quinientas personas



DIOS está en todas partes pero, a ras de suelo, en Estados Unidos su imagen se multiplica. «Dios bendiga América», así comienza el himno norteamericano mientras quienes lo escuchan se llevan la mano al corazón. A través de las pantallas de televisión un predicador habla desde la Torre del Poder, una catedral de vidrio a las puertas de Disneylandia, unas mujeres gritan pasajes bíblicos en las calles de Nueva Orleans, otro hombre carga una cruz a orillas de una playa de Florida. Maneras peculiares de acercarse al más allá. Se vive el contraste. Entre la profunda religiosidad y algunas manifestaciones pintorescas que unen a Jesús con la cuenta de beneficios. Entre la oración sincera y el rosario de escándalos en los que sexo y dinero han acabado con algunos de esos ministros televisivos.

Según una encuesta reciente, nueve de cada diez estadounidenses viven con la convicción de ser amados por Dios, un 12 por 100 considera probable que sean objeto de Su amor y sólo un 3 por 100 siente que no es amado. De 100 estadounidenses, 94 creen en Dios y rezan habitualmente, un 37 por 100 tiene presente al demonio, un 90 por 100 teme el Juicio Final y un 70 por 100 espera una vida después de la muerte. Dos de cada tres miembros de las iglesias evangélicas -que representan un tercio de la población- dicen que hablan con Dios. Más de un 90 por 100 se identifica con uno de los cientos de denominaciones cristianas que hay en Estados Unidos. Los inmigrantes de Oriente Medio y de Asia son en su mayoría cristianos. El Islam, el budismo o el hinduismo se filtran con debilidad a través de la vida religiosa norteamericana.

Los líderes políticos son los primeros en dejar constancia de su fe. Benjamín Franklyn deseaba que en el escudo se incluyera a Moisés conduciendo a los israelitas a través del mar Rojo. Eisenhower instó a la nación a mantenerse fiel a la religión. «¿A qué religión?, eso me da igual», dijo. Así hasta Ronald Reagan, George Bush y Bill Clinton. En el país más poderoso de la tierra el fin del mundo está cada día presente. «Me chocó descubrir que la religión desempeñara una parte tan importante en la sociedad norteamericana -dice Carl de Keyzer, el autor de este reportaje-, a lo largo de todo el año de trabajo me preguntaba por qué los estadounidenses viven con tanta intensidad y emotividad su experiencia religiosa. No he encontrado respuesta. Sólo enfocaba y registraba la realidad.» ■